



## PINCELADAS DE BASCONIA

---

### LOS TAMBORILEROS

¡Qué alegre deslizábase el día en que se celebraba la fiesta! ¡Que apacible temperatura reinaba por los alrededores y montañas de la caprichosa aldea! Todo el conjunto había de resultar poético, bullicioso, consolador; la llegada de los romeros luciendo las típicas vestiduras del país euskalduna; la celebración de la solemnisima y tradicional misa mayor; los *irrintzis* repercutiendo por los aires; los *aufas* animando las parejas; la *inacabable* comida al toque de la campana; los gritos por aquí, los cantos por allí, todo ello predisponía á los *aurrekus* que de tan inimitable modo habían de danzarse por multitud de parejas, que parecían como los emisarios de las más gloriosas tradiciones; como el emblema de las romerías más clásicas.

La naturaleza por su parte convertía en preciosos esmaltes las hojas de todos los árboles, que cual laminejas de oro, transparentaban, semejando á multicolores cristales. Un cielo azul y una luz esplendorosa

parecían ofrecer el más fantástico de los horizontes. Veíanse al aire libre amenísimas decoraciones compuestas por las campiñas que adornaban las alturas. Se presentaban á la vista alamedas de centenarios árboles sobre los cuales descansaban piando las más canoras aves. Los manzanos ladeábanse rendidos al peso de enormes pomos, y los jóvenes se reunían al son de la filarmónica. Praderas formadas por aromáticas flores que despedían los más gratos perfumes, constituían fiel reflejo de una primavera vital y efectiva.

Pero, no obstante, entre aquel iris de hermosura y felicidad, entre aquella bendición de los cielos, entre tanto idilio y cantos y bailes y continuas manifestaciones de alegría, que tan gratamente se celebraban por las aldeas y montañas, los *baserritarrak* no se creían en su total regocijo; las parejas que habían de bailar el *aurreku* no se encontraban en su total esparcimiento; faltaba algo: algo que debía ser como el espíritu de la fiesta, la jovialidad completa, la dirección única del baile más inocente y peculiar de nuestro país; faltaba allí el *tamborilero*; y sin él, imposible era de todo punto la terminación de la fiesta que iba desanimándose en el transcurso del gran día; pero en el momento en que el desencanto cundía en todas las parejas, óyense á cierta distancia los dulces sonidos de la basca tibia unidos á las vibraciones del tamboril que van llegando de otra aldea no menos festiva, entre los *ujujus* de los *baserritarrak* y las carcajadas de las *neskachak* airosas y sonrientes del campo.

En aquel momento la explosión de entusiasmo fué unánime, general; todos se descubrieron blandiendo las boinas con fruición inmensa y formaron la larga hilera de *daratzaris* con aquella gente de nuestras montañas, de soberbias aposturas, de continentes nobles, de entusiasmos envidiables.

El silencio que impuso el tamborilero con sus primeros aires entre la multitud de los romeros fué ejemplar, religioso, al que siguieron los saltos de los *aurrekus* con su corona de movimientos, con los brincos al aire, con el rapidísimo movimiento de piés, con los impresionables saludos y las venerandas ceremonias que dan fin al inmortal baile de nuestras montañas. Así terminó la expansión, el deseo, el regocijo de los habitantes de nuestros caseríos; la dicha era ya completa, no había otra cosa que desear y el tamborilero seguido de una procesional hilera de caseros de ambos sexos, continuó alegrando con pasacalles tocados con la basca tibia, entrecortados por los continuos

*aufas* de los campesinos, todos los senderos, caminos y veredas por los que pasaba la hermosísima comitiva.

En el país basco, el tamborilero es el guía, la norma, la dirección, el espíritu de todas sus fiestas y bailes tradicionales; él representa genuinamente á su país, él es el cultivador celoso de los aires más clásicos; él imprime el carácter único á todas las manifestaciones de solaz del pueblo basco; él da la nota característica á todas las danzas y costumbres euskaras.

¿No es el tamborilero el que se afana por llevar con toda minuciosidad el santoral, obsequiando á las personas de mayor consideración social ó á los errikoñemes más distinguidos, con alboradas simpáticas los días de su santo ó cumpleaños? ¿No es él quien ejecuta la famosa marcha de San Ignacio (la pieza más original y vibrante de todas las del país) cuando asiste á las procesiones del Corpus? ¿No es él quien dirige el majestuoso *auresku*, el *personaje* indispensable de todos los domingos y el protagonista de todas las excursiones y romerías? ¿No es el fiel y entusiasta intérprete de las inimitables notas del Gernikako-Arbola? ¿No es quien recorre con escrupulosa seriedad las calles del pueblo para anunciar un fausto suceso ó notable acontecimiento? ¿No es el tamborilero el invitado de rúbrica que acompaña á las corporaciones municipales en las funciones civiles ó religiosas al toque de algún tradicional *contrapás*? ¿No pasa desapercibido, ó poco menos, cualquier acontecimiento notable si no asiste el tamborilero con todos sus armoniosos instrumentos y relucientes uniformes? él es el alma, el espíritu del organismo euskaro, el todo.

Oireis por todos los mundos, desde las más populosas ciudades hasta las aldeas más insignificantes, orquestas de variados colorismos, músicas de armonías y conjuntos verdaderamente arquitectónicos: apreciareis autores cuya melodía triunfa y termina en luminosos relieves, obras cuya interpretación magistral sea digna de que se la escuche de rodillas, salmos cuyas solemnidades rítmicas brotan desarrolladas en graves tonalidades por las mejores orquestas; pero el clásico tamboril, el tamborilero basco por excelencia, con sus aires sencillos, á la par que inimitables, con sus pasacalles, no le oireis más que en el país basco: ¡si! aquí le oireis en todos los pueblos y aldeas, en el valle y en la montaña, y le contemplaréis cual saliente figura del país los días de mayor esplendor.

Aunque en las Provincias Bascongadas corren los adelantos moder-

nos á la altura de las naciones europeas; aunque la electricidad, esa marcha de fuego que empuja en su ferviente carrera las más pesadas moles, lleva consigo las más variadas comunicaciones y las gentes de diversas naciones; y aunque el tren rompiendo las montañas, traspasando los valles y venciendo los obstáculos más insuperables, arrastra en su veloz marcha mundos de costumbres, vida, nacionalidad, etcétera, sin embargo, todavía en nuestra región, en todos sus pueblos y aldeas se conserva con marcado interés la tradicional institución del tamborilero. En todos los pueblos el tamborilero es considerado con sumo respeto, y es tal el entusiasmo que despierta, que no hay *alborada* en que deje de percibir su correspondiente aguinaldo acompañado de una calurosa ovación.

El tamborilero debe existir mientras haya un pedazo de tierra euskara; mientras nuestras montañas alberguen á los caseríos; mientras no se derrumbe el primer monumento que se levanta á la verdadera libertad, el árbol de Guernica; mientras aparezca una fibra en el organismo euskaro. Porque el día en que perdidas las mejores costumbres, se encuentren sustituidas por otras de índole exótica y por tanto repulsivas al país; el día en que nuestro tamboril no resuene ni en el monte, ni en el valle, ni en el pueblo, ni en la aldea, ni en la fiesta, ni en el hogar, ni tan siquiera en el corazón de todo euskalduna: ¡ah! entonces podría decirse que nuestra raza había muerto, y con su muerte debería congregarse en cenizas la grandiosidad de la sencilla é inmensa Euskaria.

ADRIÁN DE LOYARTE.

